

EL ABONO

Matías ha conseguido por fin un abono para un ciclo de conciertos de música de cámara. Lleva años deseándolo, pero unas temporadas por falta de dinero y otras por falta de abonos disponibles, la cosa es que siempre ha visto frustrado su sueño.

Hasta que este año, por fin, se lo han concedido: y es feliz.

La tarde del primer concierto anda Matías como en una nube: aunque conoce el lugar, siente como si lo viese por primera vez, quizá con ojos de inquilino, con ojos de quien sabe que aquella va a ser su casa por un largo periodo de tiempo: así se siente mientras mira a todos los lados, a las lámparas del techo, a los dorados de los palcos, a los focos, al patio de butacas...

Sí, Matías es feliz, completamente feliz, hasta que repara en el tipo alto, altísimo, que se sienta delante de él y que con su altura desmesurada y su envergadura proporcional le impide ver casi por completo el escenario.

El primer concierto es un sufrimiento. Intenta no darle importancia, intenta concentrarse en la música, intenta convencerse de que está allí por la música y de que ver a la orquesta es lo de menos, pero fracasa. Ha fantaseado tanto con aquel concierto, ha cifrado en él tantas esperanzas que aquel contratiempo le resulta insufrible.

De camino a casa un pensamiento le llena de inquietud. Aquel ha sido el primer concierto de los treinta y tantos que le asegura su abono. El tipo alto que se sienta delante de él puede que no tenga abono y haya sacado tan solo una de las entradas reservadas para la venta en taquilla el mismo día del concierto. Entonces ese primer concierto fallido pronto será olvidado. Pero también puede ser que el tipo alto esté en posesión de otro abono como el suyo. Entonces...

A la semana siguiente el tipo alto está allí de nuevo. Matías se siente desdichado, pero saca fuerzas de flaqueza e intenta por todos los medios no pensar en el tipo alto que tiene delante. Pero es difícil, muy difícil, dejar de pensar en algo a base de esforzarse en no pensar en ello, en especial cuando aquello en lo que no queremos pensar ocupa con su altísima cabeza y sus tremendas espaldas prácticamente todo nuestro campo de visión.

Los conciertos se suceden y el tipo alto nunca falta. Matías toma tranquilizantes, cierra los ojos, prueba a elevar un poco su punto de vista mediante un cojín, pero todo es inútil. Un día decide no asistir, pero es aún peor, pues se siente cobarde y abyecto.

El ciclo de conciertos se acerca a su fin. Matías ve cercano el día de la liberación, el día en el que no tendrá que volver a pensar ni en los conciertos ni en el tipo alto de delante. Entonces llega una carta de la empresa organizadora de los conciertos: el motivo de la misiva es comunicarle las fechas de renovación de los abonos y recordarle que, en caso de no renovar en el plazo establecido, su abono será adjudicado al siguiente solicitante de los muchos que aguardan en la lista de espera.

Duerme mal Matías esa noche. La idea de perder el tesoro que es el abono se mezcla con el horror de ver aquella enorme cabeza concierto tras concierto durante años y años, quizá toda la vida, en un sueño en el que de modo recurrente se le obliga a elegir entre perder los ojos o las orejas, quemados aquellos o cortadas estas respectivamente por una espada llameante que empuña un genio de anchísimas espaldas.

En el siguiente concierto, el penúltimo, Matías se ve a sí mismo cortándole la cabeza al tipo alto con una catana samurai. Tras la inicial sorpresa ante aquel producto de su imaginación, Matías se da cuenta de que solo hay una solución: deshacerse del tipo alto. Piensa en el asunto y concluye que no hay ningún peligro: la futura víctima asiste siempre a los conciertos solo, y cuando se marcha lo hace por la parte de atrás del auditorio, por un callejón oscuro y solitario. Bastará seguirle, matarlo, y largarse rápidamente del lugar. Nadie le podrá relacionar con él. No se conocen de nada. Ni siquiera sabe su nombre. Tampoco hay móvil: es el asesinato perfecto.

A la semana siguiente, tras el último concierto de la temporada, Matías pone en marcha su plan y mata al tipo alto en el callejón oscuro que hay detrás del auditorio. Aunque se producen algunos momentos embarazosos y algunas situaciones imprevistas, media hora después Matías está en su casa, nervioso, pero contento y, sobre todo, liberado.

Otra media hora después llega la policía para detenerle. Matías, perplejo ante la eficacia de los cuerpos de seguridad, pregunta al inspector qué es lo que les ha llevado hasta él:

“Ha sido pura rutina: la altura de la víctima, la entrada que llevaba en el bolsillo... En cuanto el gerente del Auditorio nos ha dicho que se trataba de un abonado, hemos sospechado. Por eso hemos preguntado por el ocupante de la butaca de detrás. Otro abonado. Usted. ¿Sabe una cosa? La mayoría de los crímenes se acometen por cosas así, cosas sin importancia.”

Ahora Matías es feliz. En la cárcel dan conciertos todas las semanas y, como no suele haber problemas de localidades, puede elegir.

Alberto

<http://sector17.epsilon.com>